

Las Promesas Hechas | Gálatas 3:16, 17

“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice: Y a las descendencias, como si hablara de muchos, sino como de uno: Y a tu descendencia, la cual es Cristo. Y esto digo: El pacto que fue confirmado antes por Dios, en Cristo, la ley, que vino cuatrocientos treinta años después, no lo invalida, para hacer nula la promesa” (Gál. 3:16, 17).

Hemos visto que Israel cometió el error de poner en lugar del **pacto de Dios** las cosas que el Señor les dio para ayudarles a alcanzar la plena luz y bendición del pacto. Hay otro gran error que Israel cometió, y el mismo error es cometido hoy por miles de personas con respecto a Israel; y es que las cosas que Dios les dio eran para ellos solos, no para la gente del mundo en general.

Israel, pensando así, naturalmente se aisló de las naciones, e hizo todas estas cosas especialmente suyas. Así se separó de todas las naciones, y se mantuvo al margen y por encima de ellas, como si fuera más santa, y a causa de esta **santidad especial**, como más altamente considerada por Dios que las otras naciones. Sin embargo, toda esta concepción de las cosas fue un completo error y una perversión de la intención de las cosas que Dios había dado.

Todo lo que el Señor dio a Israel fue para el **beneficio del mundo entero**. Israel debía ser el **pueblo misionero** que extendiera a todas las naciones la luz y la bendición que le fueron dadas, a fin de que todas las naciones pudieran disfrutar de la luz y la bendición de Dios, tal como se reveló en el **pacto abrahámico**, al pleno conocimiento del cual todas estas cosas que fueron dadas debían guiar a Israel y a todas las personas.

Un Pasaje para el Estudio

Presentamos aquí de nuevo, para estudio, el pasaje de "Patriarcas y Profetas", que fue citado en el artículo de la semana pasada: —

> “Si el hombre hubiera guardado la **ley de Dios**, tal como le fue dada a Adán después de su caída, preservada por Noé y observada por Abraham, no habría habido necesidad de la ordenanza de la circuncisión. Y si los descendientes de Abraham hubieran guardado el pacto, del cual la circuncisión era una señal, nunca habrían sido seducidos a la idolatría, ni habría sido necesario para ellos sufrir una vida de servidumbre en Egipto. Habrían tenido presente la ley de Dios, y no habría habido necesidad de que fuera proclamada desde el Sinaí, o grabada en las tablas de piedra. Y si el pueblo hubiera practicado los principios de los Diez Mandamientos, no habría habido necesidad de las direcciones adicionales dadas a Moisés.

>

> “El **sistema de sacrificios**, encomendado a Adán, también fue pervertido por sus descendientes. La superstición, la idolatría, la crueldad y la lascivia corrompieron el servicio simple y significativo que Dios había establecido. A través de un largo trato con idólatras, el pueblo de Israel había mezclado muchas costumbres paganas con su culto; por lo tanto, el Señor les dio en el Sinaí instrucciones definidas concernientes al servicio sacrificial” (“Patriarcas y Profetas”, página 364).

Fue la **apostasía de la humanidad** en general lo que causó el llamamiento de Abraham por parte de Dios, y el haberlo puesto como luz para las naciones. Fue la infidelidad de los descendientes de Abraham lo que les causó “sufrir una vida de servidumbre en Egipto”. En Egipto, en medio de su oscuridad de todo tipo, las ideas que habían recibido de Abraham se fueron oscureciendo más y más hasta que se perdieron prácticamente. Y así, “en su esclavitud el pueblo había perdido, en gran medida, su conocimiento de Dios, y de los principios del **pacto abrahámico**”.

Como habían perdido así la **ley de Dios** de sus mentes, todo esto debía ser renovado. Pero, al no tener una verdadera concepción de la ley de Dios como en el pacto abrahámico, esto tuvo que serles enseñado. Por lo tanto, Dios proclamó su ley con su propia voz a todo el pueblo, y luego la dio por escrito, para que, bajo su guía, pudieran discernir sus **principios profundos y espirituales**. Y para que esto pudiera hacerse mejor en la oscuridad de sus mentes, los principios de los **Diez Mandamientos** fueron desarrollados en detalle en los escritos de Moisés, que el pueblo tenía en sus manos y que debían estudiar constantemente hasta que estas palabras de Dios y estos principios santos estuvieran grabados en sus corazones, incrustados en sus almas y escritos en sus mentes; es decir, hasta que hubieran alcanzado la gloria del pacto con Abraham.

Ahora bien, puesto que todo esto fue necesario para Israel a causa de su infidelidad y la confusión de Egipto, es ciertamente bastante claro que todas estas cosas fueron necesarias para el pueblo de Egipto y las otras naciones que estaban en oscuridad, como ella, para que estas pudieran hallar el conocimiento de Dios y su salvación. Entonces, por la propia naturaleza de las cosas, todas estas cosas, y toda esta enseñanza que llegó a Israel para llevarlos a la **luz de Dios**, fueron intencionadas por el Señor para ser transmitidas por Israel a las otras naciones, para que estas también pudieran ser llevadas a donde debían caminar en la luz de Dios.

Así es perfectamente claro que la **ley de Dios** en todas sus formas —tal como fue pronunciada desde el cielo, como fue escrita en las tablas y como fue detallada en los escritos de Moisés— era tanto para las **naciones del mundo** como para el pueblo de Israel. Y tanto Israel como las naciones cometieron el error de pensar que era solo para Israel —Israel pensándolo así, y confinándola a sí misma, y apartándola de las naciones; y las naciones pensándolo así, y por lo tanto despreciándola. Y las naciones fueron, en efecto, ayudadas en su error por la **actitud** que asumió Israel en su error. Porque cuando, en su **autojusticia**, Israel se apartó de las naciones, despreciándolas, esto solo resultó en que las naciones la vieran apartada de ellas en autojusticia, y despreciándolas, y consecuentemente, resultó además en que ellas la despreciaran a ella, y todo lo que le fue dado para su

beneficio. Y esa misma cosa continúa hasta el día de hoy con respecto a aquellas cosas en la Biblia, que fueron dadas a Israel para todas las naciones.

Esto es cierto, no solo de la **ley moral**, sino también de la **ley ceremonial** —el **sistema de sacrificios**. Antes de que Adán dejara el Edén, se instituyó el sistema de sacrificios. Noé lo observó. Así, el sistema de sacrificios pertenecía a toda la humanidad; era simplemente el medio de expresar **fe** en el sacrificio de Dios, que él había hecho para salvar al hombre del pecado. Así como Dios ha dado las primicias de su rebaño, lo mejor que tenía, así toda alma que aceptaba ese don de Dios, y que mostrara su fe en él, en gratitud a Dios, ofrecería las primicias de su rebaño, lo mejor de todo lo que tenía. Esa era la **verdadera fe en Dios**, y en el Cordero que él había dado. *“Por la fe Abel ofreció a Dios” su sacrificio, “las primicias de sus ovejas,” “por medio del cual obtuvo testimonio de que era justo.”* Así, la justicia de Abel era verdadera justicia por la fe. Y ese era el camino para toda la humanidad.

Pero a medida que las naciones apostataron, y cayeron cada vez más bajo la influencia oscurecedora de Satanás, comenzaron a ver a Dios como, al igual que ellas, un juez severo, prohibitivo y exigente, que estaba enojado con ellas y esperando solo la oportunidad de castigarlas por sus malas acciones. Por lo tanto, pensaron que debían ofrecer sacrificios para apaciguarlo, y cuanto más precioso y costoso fuera el sacrificio, más favor ganarían, y así fueron llevadas a sacrificar a sus propios hijos e hijas. Así, el **sistema de sacrificios**, que Dios había dado a Adán, que fue observado por Noé y que fue incluido en el pacto con Abraham, fue completamente pervertido y se perdió de vista en esta apostasía de las naciones. Y los descendientes de Abraham, en su infidelidad, a través de su asociación con las naciones y en medio de la oscuridad de Egipto, también perdieron de vista el servicio verdadero, simple y significativo que Dios había dado a Adán y que había continuado con Abraham. En consecuencia, cuando salieron de Egipto, el Señor renovó a Israel el sistema de sacrificios, con instrucciones definidas, para que pudieran, según su propia dirección, ofrecer sus sacrificios con pureza y según la verdad; para que pudieran ver en ellos el verdadero significado que Dios puso allí al principio, que era el sacrificio que él había hecho —la ofrenda de su Hijo unigénito—, las primicias de su rebaño—, lo mejor de todo lo que tenía.

Así es claro que el **sistema de sacrificios** que fue dado a Israel fue para la **iluminación e instrucción** de todos los pueblos del mundo tan ciertamente como lo fue para Israel; porque fue la semejanza de Israel con todas las otras naciones en su oscuridad lo que hizo necesario que esto les fuera dado.

Dios no tiene **favoritos**, y nunca los tuvo. Todo lo que él tuvo es libre para todas las personas. Todo lo que él dio a cualquiera es libre para todos los demás, y él da a cualquiera solo para que lo transmitan a todos los demás. Y aquellos que reciben y no lo transmiten a todos los demás, sino que lo confinan a sí mismos, pierden lo que Dios ha dado en verdad, y solo pueden aferrarse a la forma vacía de la verdad, absolutamente seca y estéril.

Este principio es **verdad presente** hoy para el pueblo del **Mensaje del Tercer Ángel**.
Existe un peligro positivo, y ha existido durante años, de que estos repitan la historia de los
judíos.

[Advent Review and Sabbath Herald | 23 de enero de 1900]